



José Andrés Martínez Martínez (1945-2003)

El Dr. José Andrés Martínez Martínez, activo integrante de nuestro Comité de Redacción, murió asesinado el 27 de mayo de 2003. Había nacido en Buenos Aires el 15 de diciembre de 1945, hijo del Dr. Adolfo Martínez Martínez, también médico, quien lo sobrevive y de doña Pura Sánchez. En 1973 se casó con María Teresa Tomé, tuvieron tres hijos: Cecilia, Ignacio y Clara.

Cursó sus estudios primarios en la Escuela Almaguer, los secundarios en el Colegio Nacional Domingo Faustino Sarmiento. Se graduó de Médico en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, con diploma de Honor, en diciembre de 1968. Cursó la Residencia de Clínica Médica en la VII Cátedra de Medicina del Hospital de Clínicas de la misma Universidad. Terminada su Residencia, inició su formación en Terapia Intensiva y luego en Cardiología en el mismo Hospital, siendo fundador y organizador de su Unidad Coronaria, en cuya jefatura lo sorprendió la muerte. Siempre trabajó en el Hospital de Clínicas, salvo un período de un año y medio en que fue Jefe de Clínica del Hospital de la Fundación Favalaro.

Martínez era Médico Cardiólogo Universitario, Doctor en Medicina, Profesor Adjunto de Medicina en la Universidad de Buenos Aires, Presidente de la Fundación Cardiológica Argentina, fue Presidente de la Sociedad Argentina de Cardiología (SAC), vocal de la Comisión Directiva de la Sociedad Interamericana de Cardiología y miembro de las Sociedades de Cardiología de los Estados Unidos, Bolivia, Chile y Venezuela. Publicó más de 70 trabajos en revistas científicas de nuestro país, Europa, Estados Unidos y Latinoamérica y participó en congresos y reuniones científicas en todo el mundo. Colaboró en la redacción de siete libros, entre los que se destaca "Insuficiencia Aórtica Aguda Grave. Sus diferencias con la insuficiencia aórtica crónica", que publicó con los Dres. Luis D. Suárez y Albino Perosio, a quienes consideraba sus maestros. Realizó aportes originales en trombolisis, reperfusión en el infarto agudo de miocardio, insuficiencia aórtica aguda y pronóstico del infarto agudo de miocardio, entre otros. Obtuvo entre 1970 y 2001 nueve premios, otorgados por la Academia Nacional de Medicina, la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y la Fundación Roemmers.

Desarrolló siempre una intensa actividad docente de grado, no sólo en la Universidad de Buenos Aires, sino también en las Universidades del Salvador y Católica Argentina, y de postgrado, tanto al frente de la Carrera de Especialista en Cardiología de la Sociedad Argentina de Cardiología, como en numerosas conferencias y cursos en casi todas las provincias argentinas y países vecinos.

Pero este frondoso *curriculum* no es suficiente para reflejar la presencia de nuestro querido colega en la medicina argentina. Martínez Martínez era un hombre afectuoso, que amaba a su familia y estaba orgulloso de ella. Era un médico en el sentido más cabal de la palabra. Bastarían como testimonio las palabras emocionadas de tantos pacientes que se comunicaron con la familia o sus colegas, con un sentimiento de desprotección o desamparo ante su muerte. Inspiraba confianza y seguridad, porque se comprometía con ellos.

En lo docente, tenía mensajes claros que ninguno de sus discípulos podía ignorar: la necesidad de estudio permanente, y la importancia de la semiología y el claro razonamiento clínico, imprescindibles por encima de los recursos diagnósticos más sofisticados. Era un obstinado defensor de la capacitación de los especialistas. Al frente de la SAC, bregó por enseñar más y exigir más en todo el país, suscribiendo convenios con colegios médicos y municipios con esta finalidad.

Creía en las instituciones, y en el papel que las mismas debían jugar en la trama social. Con una capacidad de trabajo y organización envidiables, fundó y organizó en 1982 la Unidad Coronaria de su querido Hospital de Clínicas. Su gestión al frente de la SAC y de la Fundación Cardiológica Argentina son testimonio de su capacidad y dedicación.

Era frontal y, si bien esto podía generarle algún desacuerdo, amigos y adversarios sabían siempre qué pensaba Pepe, y qué fines perseguía. Nadie podía desconfiar de él. Su tarea institucional fue siempre transparente. No toleraba la negligencia o el incumplimiento en la práctica de la medicina por parte de quienes trabajaban con él; asumía cabalmente la responsabilidad que significaban los cargos jerárquicos que ejerció, en el compromiso con la asistencia de enfermos y la tarea docente. La autoridad con que lo hacía se originaba no sólo en sus conocimientos y experiencia, sino en la exigencia de sí mismo en el cumplimiento de las tareas asignadas.

Medicina (Buenos Aires) se prestigió con su presencia y su aporte. La conectó con otras de otros países de habla hispana, y la asumió como propia dedicándole un tiempo que robó al descanso. En los últimos tiempos estaba a cargo de la sección "Imágenes en Medicina".

En fin, nuestro querido Pepe, formado desde la primaria hasta los escalones más altos de la profesión en instituciones públicas de nuestro país, alcanza estimación internacional, defiende sin tregua el hospital público y muere asesinado, tal vez por haber roto las que parecen ser las reglas de juego de la época: permanecer y aun claudicar si es necesario para evitar riesgos o conflictos. Es nuestro deseo más ferviente que la respuesta de las instituciones que prestigió haga que su muerte no haya sido en vano.

El Comité de Redacción